

## La cruz de la «Dominus Iesus»

El genio de Pascal insinuó hace siglos que muchas veces la falsedad no es propiamente una negación de la verdad, sino una parcialización o exageración de la verdad, o una manera de afirmarla que excluye sus complementos dialécticos. Quizá hay pocas consideraciones más oportunas que ésta para esbozar un breve comentario a la polémica declaración del antiguo «santo oficio» sobre el tema de las religiones no cristianas. En honor del documento hay que resaltar su tono tranquilo y no agresivo, que parece reflejar la seguridad del que se halla en posesión de la verdad, aunque en algún momento convierte su serenidad en una especie de mirada despectiva sobre los «ignorantes» a los que se dirige. Tomadas una por una, yo aceptaría todas sus frases (salvo aquella tan desgraciada de que los que están fuera de la Iglesia están en situación «gravemente deficitaria» para salvarse, o la interpretación, a mi modo de ver restrictiva, de la frase del Vaticano II sobre la Iglesia de Cristo que «subsiste» en la Iglesia romana, y que el documento va interpretando de manera que casi termina en una identificación). En este breve comentario desearía fijarme más en lo que el documento no dice y, a mi modo de ver, debió decir. Señalaré tres puntos.

1. La tradición teológica acuñó en sus inicios la frase «ubi Christus ibi Ecclesia» (la Iglesia está allí donde se encuentra Cristo), desde la conciencia de que Cristo está presente muchas veces fuera del cristianismo oficial. Esta conciencia llevó a san Agustín, ya en el siglo V, a la conocida fórmula de «la Iglesia que existe desde Abel» («ecclesia ab Abel»). Al desconocer estos datos tan fundamentales en cualquier reflexión sobre la Iglesia, el documento identifica con demasiada facilidad la Iglesia de Cristo con el catolicismo oficial y, en mi opinión, adolece de un cierto eclesiocentrismo, aunque pretenda desautorizar a quienes levantan ese tipo de acusaciones. El eclesiocentrismo aparece a veces en la historia de la teología como expresión (creo yo) de un miedo de la Iglesia cuando cree perder poder: por ejemplo, en los siglos XVI y XVII, cuando la ruptura de Lutero y el descubrimiento de América dejaron reducida a ser «una partecita del mundo» a aquella Iglesia que antes se identificaba con la totalidad del orbe. El jansenismo y otros agustinismos de los siglos XVI y XVII fueron de un eclesiocentrismo exacerbado, que a veces era auténtica eclesiolatría (o idolatría eclesiástica). Y el mismo magisterio eclesial condenó sus tesis de que nadie se salva fuera de la Iglesia o de que no hay gracia fuera de la Iglesia, etc. Tengo la sensación de que éste ha sido un pontificado del miedo. Por esto no me extraña que esta obsesión o autocentración eclesial se refleje en muchas actuaciones.

2. El teólogo chino Choan Seng Song (se me permitirá que, si la Iglesia es de veras católica, llame a este debate a gentes no occidentales) ha expresado con frecuencia su temor de que el miedo al relativismo lleve a los cristianos a absolutizar cosas que son relativas (por ej., un